

P. JESUS SIMON, S. J.

EL CRISTIANISMO ORIGENES



APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

IMPRIMI POTEST:
VICTOR BLAJOT, S. I.
Praep. Prov. Tarracon.

NIHIL OBSTAT:
El Censor,
DR. CIPRIANO MONTSERRAT, Canónigo
Prelado Doméstico de S. S.

Barcelona, 18 de marzo de 1958

IMPRIMASE:
† GREGORIO, Arzobispo-Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Excia. Rvma.,
Dr. ALEJANDRO PECH, Pbro..
Canciller-Secretario

Con Licencia eclesiástica

Depósito Legal: M-15.296-1988
ISBN: 84-7770-124-5
Impreso en España
Gráficas FUTURA, S.C.L.
Villafranca del Bierzo, 23.
Fuenlabrada (Madrid)

AL LECTOR

Leemos en la vida de San Pablo, primer ermitaño, este emotivo episodio.

Era ya más que centenario, cuando un día vió interrumpida la augusta soledad de su secular retiro con la visita inesperada de otro solitario del desierto.

Era el gran Antonio, padre del Monacato de Egipto.

Ambos ancianos convivieron unas horas en insaciable plática de Dios y al fin se despidieron.

Antonio volvió a los suyos, pero volvió impresionadísimo, arrebatado de admiración hacia el gran anacoreta, confundido de la grandeza de su espíritu, de su santidad que tuvo por anélica...

¡Ay de mí, miserable pecador!, exclamaba; ¡ay de mí que llevo, sin merecerlo, el nombre de solitario! ¡He visto a Elías, he visto a Juan en el desierto, he visto a Pablo en el Paraíso...!

¿Sería exagerado decir que algo parecido nos sucede a los cristianos de hoy cuando leemos los anales de la Iglesia primitiva? Es la época de los Apóstoles, de aquellos egregios varones para quienes vivir fué Cristo y el morir una ganancia...

El tiempo de los mártires que amaron a Dios hasta la efusión de su sangre: Ignacio y Policarpo, Perpetua y Felicitas, Cipriano y Fructuoso, Lorenzo e Inés...

Es el tiempo de los héroes del desierto, de los centenares y miles de anacoretas, inmolados al amor de Dios en aras de la más espantosa penitencia...

¡Qué fe la de aquellos hombres! ¡Qué caridad tan acendrada! ¡Qué desprendimiento el suyo de todo lo material y terreno! ¡Qué ausencia de egoísmos y de ambiciones! ¡Qué combates tan esforzados en medio de la mayor simplicidad e inocencia!

En verdad que, si nos comparamos con ellos, no merecemos el nombre de cristianos.

UN SEGUNDO PENSAMIENTO viene también a nuestra mente al leer la historia de los primeros siglos cristianos: la verdad incommovible y a toda prueba de nuestra religión.

Nada que pueda comparársele ha aparecido jamás en el mundo. Sus orígenes son tan abiertamente sobrehumanos y de milagro que nadie que los conozca puede dejar de reconocerlo.

De milagro, sí: el Cristianismo es, a todas luces, obra de Dios: viene de El y lleva su sello, su marchamo inconfundible.

Su aparición en el mundo es el hecho más trascendente y sobrehumano de la Historia. Su conservación, a pesar de tan arduos obstáculos, de tan sangrientas y seculares persecuciones; su propagación y consiguiente conquista de la humanidad con medios insuficientes e inadecuados; el reguero de santidad y de luz que ha venido dejando en pos de sí en su paso sobre la tierra..., son todos fenómenos inexplicables que están por encima de las leyes que rigen la historia humana; suponen manifiestamente la inequívoca asistencia de Dios, un milagro duradero.

La religión cristiana, en consecuencia, no puede ser falsa; es necesariamente sobrenatural y divina, como la fuerza que ha venido acompañándola y escoltándola desde su nacimiento hasta el presente.

Y esta es, amable lector, la idea que dió origen a estas páginas que te presento.

No son puramente estudios históricos sobre los orígenes de la Iglesia: quieren más bien ser esencialmente apologéticos, con la máxima, inmensa fuerza apologética de lo sobrenatural y divino. Si no lo consiguen no será ciertamente por debilidad e ineficacia del asunto sino por la torpeza de la pluma que los traza.

OFREZCO este libro a todos los hombres de buena voluntad, creyentes y atormentados por la duda, y les pido una cosa solamente: que mediten con atención y sinceridad sobre los hechos ciertos e incontestables que van a proponérseles, y que, después, saquen sin prejuicios, lealmente, las debidas consecuencias.

INDICE DE MATERIAS

	<u>Págs.</u>
AL LECTOR	VII
PARTE PRIMERA	
ERA APOSTOLICA	
I. <i>El reino mesiánico</i>	
Su preparación y presencia en la Historia. —	
La reprobación de Israel.	3
II. <i>Nacimiento sobrenatural de la Iglesia</i>	
El primer Pentecostés cristiano. — Transformación de los Apóstoles. — Discurso de Pedro y conversiones en masa. — El don de lenguas. — El tullido del Templo. — Testigos de la Resurrección	13
III. <i>En presencia del Concilio</i>	
«Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.» — «No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído.» — Un prudente consejo	21
IV. <i>Bautismo de sangre</i>	
Institución del Diaconado. — El Protomártir Esteban	25
V. <i>Bajo la tiranía de Herodes</i>	
Martirio de Santiago. — Encarcelamiento y liberación de Pedro	33
VI. <i>Primera expansión cristiana</i>	
Persecución general y dispersión de los fieles. — Samaria, Lida y Jope. — Antioquía .	37
VII. <i>La conversión de San Pablo</i>	
Algunos datos biográficos. — Tarso y Jerusalén. — Camino de Damasco. — Conversión y cambio repentino	43

	Págs.
VIII. <i>La conversión de San Pablo ante la crítica</i> Importancia apologética de la conversión del gran Apóstol. — Explicaciones racionalistas: Paulus, Holsten, Pfeleiderer, Renán.	50
IX. <i>Universalidad del cristianismo</i> El Centurión Cornelio y la visión de Jope. — Los gentiles llamados al Evangelio. — ¿Obliga- toriedad de la Ley? — El Concilio de Jerusalén.	55
X. <i>Los Apóstoles y su obra (I)</i> La expansión del Cristianismo al finalizar la Era Apostólica. — Nombres y campo de opera- ciones. — Héroes anónimos.	62
XI. <i>Los Apóstoles y su obra (II)</i> El Príncipe de los Apóstoles. — Su vocación y carácter. — Jefe supremo de la Iglesia. — Su martirio	68
XII. <i>Los Apóstoles y su obra (III)</i> Pablo, heraldo de Jesucristo. — Su corazón e inteligencia. — Dinamismo apostólico. — Pri- siones en Roma y martirio	77
XIII. <i>Los Apóstoles y su obra (IV)</i> El amado discípulo. — Su llamamiento al apos- tolado. — Fiel hasta la muerte. — Mártir, Evangelista y Profeta.	88
XIV. <i>Los Apóstoles y su obra (V)</i> Santiago el Mayor. — Los hijos del Zebedeo. — Decapitado por Cristo. — Sus restos y Santiago de Compostela	94

PARTE II

PADRES APOSTÓLICOS

I. <i>Noticia preliminar</i> Breve recensión de escritos y de nombres . .	105
Escasos datos biográficos. — Tercer sucesor de San Pedro. — Destierro y martirio. — Carta a los corintios.	110

	<u>Págs.</u>
III. <i>San Ignacio, mártir</i> Discípulo de Pedro y Pablo. — Gran Obispo de Antioquía. — Delación y condena. — «Molido por los dientes de las fieras»	116
IV. <i>San Policarpo</i> Discípulo de San Juan y consagrado por él Obispo de Esmirna. — Su gran combate por la fe. — De la pira a Cristo	123
V. <i>Las notas de la Iglesia naciente (I)</i> Unicidad y Jerarquía. — Testimonios unanimes de Cristo, los Apóstoles y Padres apostólicos. .	129
VI. <i>Las notas de la Iglesia naciente (II)</i> La caridad. — El gran precepto y su cumplimiento en la primitiva Iglesia. — La caridad en el paganismo. — Herculano y Pompeya .	135
VII. <i>Las notas de la Iglesia naciente (III)</i> La oración.—Enseñanzas y ejemplos del Maestro. — Apóstoles y primeros creyentes . . .	142
VIII. <i>Las notas de la Iglesia naciente (IV)</i> Institución de la Eucaristía. — La fe en la presencia real en los primeros siglos. — La Misa primitiva	151

PARTE III

EL CRISTIANISMO HEROICO Y MILITANTE

I. <i>Las persecuciones romanas</i> Datos generales. — Nerón, Domiciano y Trajano. — Marco Aurelio. — Decio. — Valeriano. — Diocleciano. — El número de mártires .	161
II. <i>El martirio y sus tormentos (I). El destierro y las minas</i> Idea general de los mismos. — Eusebio y Filéas. — El destierro. — Canteras y minas. — Fenos: el lector Juan. — Numidia, San Cipriano	171

III.	<i>El martirio y sus tormentos</i> (II). Al filo de la espada San Justino y sus compañeros. — Soldado de Jesucristo. — Fileas y Filoromo	178
IV.	<i>El martirio y sus tormentos</i> (III). La hoguera Terribilidad del suplicio. — San Fructuoso y sus Diáconos. — Felipe y Hermes. — Afra la meretriz. — Liberto por el martirio	184
V.	<i>El martirio y sus tormentos</i> (IV). Las fieras En el Circo Máximo de Nerón. — Atados a un poste. — Otros suplicios	191
VI.	<i>El martirio y sus tormentos</i> (V). Heroísmo materno Los 40 mártires de Sebaste. — En el martirio de San Román.	197
VII.	<i>Palmas y Coronas</i> (I) Santa Perpetua y Felicitas y compañeros már- tires de Cartago. — Actas martiriales. — La suprema tragedia del amor. — El anillo empa- pado en sangre	201
VIII.	<i>Palmas y Coronas</i> (II) Los mártires de León. — Cumbres de heroís- mo. — Póntico y Blandina. — El final de la tragedia	206
IX.	<i>Palmas y Coronas</i> (III) El Diácono San Lorenzo. — Breve noticia de su vida y martirio. — El himno de Prudencio. — Los tesoros de la Iglesia. — En las parrillas rusientes. — La oración por Roma	213
X.	<i>Palmas y Coronas</i> (IV) Santa Inés. — Pureza y energía. — Panegírico de San Ambrosio.	219
XI.	<i>Palmas y Coronas</i> (V) Santa Eulalia de Mérida. — Virginidad intré- pida. — Himno de Prudencio	223

	Págs.
XII. <i>Las causas de las persecuciones</i>	
Insuficiencia de las explicaciones históricas. —	
Causas invisibles	227
XIII. <i>Valor apologetico del martirio</i>	
Cumplimiento de la profecía de Cristo. — El	
gran milagro moral. — Testimonio de la ver-	
dad del Cristianismo	232
XIV. <i>El triunfo del Cristianismo</i>	
Constantino y Majencio. — «Con esta señal	
vencerás.» — Batalla del Puente Milvio. — El	
Edicto de Milán. — Nuevos favores a la Iglesia.	235
XV. <i>La muerte del paganismo</i>	
Teodosio. — Su ascensión al trono de los césa-	
res. — Victorias contra Máximo y Eugenio .	240

PARTE IV

EL ASCETISMO CRISTIANO

I. <i>La perfección evangélica</i>	
La vida religiosa delineada por el Salvador. —	
Los dos estamentos de la sociedad cristiana.	
— «Tomar en serio el Evangelio.» — Vida y	
gloria de la Iglesia.	247
II. <i>El Monacato de Oriente (I)</i>	
San Pablo, primer ermitaño. — Huyendo de la	
persecución. — Cien años de vida en el de-	
sierto. — Visita de San Antonio. — La muerte.	254
III. <i>El Monacato de Oriente (II)</i>	
San Antonio Abad; notas sobre su vida. — En	
la inmensidad del desierto. — Padre de un	
nuevo pueblo. — Siguiendo el camino de los	
Padres	261
IV. <i>El Monacato de Oriente (III)</i>	
Discípulos del gran Antonio. — Ammón y Ma-	
cario. — Siria y Palestina. — San Hilarión y	
sus austeridades. — Huye de la gloria vana. —	
Su muerte	268

V. *El Monacato de Oriente* (IV)

La evolución del Monacato. — San Pacomio; su conversión y primeros años. — A los pies de Palemón. — El primer Cenobio. — La regla. — Su muerte 274

VI. *El Monacato de Oriente* (V)

San Basilio. — Primeros estudios y crisis que le lleva a Dñs. — Su Monasterio junto al Isis. — La nueva Regla monástica. — Obispo de Cesárea 281

VII. *Juicio sobre el Monacato de Oriente*

Es conforme al Evangelio y muestra la vitalidad y santidad del Cristianismo. — Ejemplo sublime contra la molicie y ambición del mundo. — Impresión en los contemporáneos. — Conclusión. 286

PARTE V

EL DEPÓSITO DE LA FE

I. *Las primeras herejías*

Celo y vigilancia de la Iglesia por la pureza de la fe. — Apóstoles y Padres Apostólicos. — San Ireneo y su regla de fe 297

II. *Los Concilios* (I)

Nicea. — Arrio y su herejía. — Divinidad de Jesucristo y su consubstancialidad con el Padre. — La solemne definición. — Muerte de Arrio 304

III. *Los Concilios* (II)

Efeso. — Nestorio y su doctrina. — Repercusión entre los monjes de Egipto. — El Papa San Celestino. — La Divina Maternidad. — Procesión de antorchas 312

PARTE VI

LAS GRANDES FIGURAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA

Págs.

I. *Tertuliano*

Algunos datos biográficos. — Su carácter. —
Sus obras. — El Apologético 321

II. *Orígenes*

Datos biográficos. — Director de la Escuela
Catequística de Alejandría. — Persecuciones y
triunfos. — Cesárea. — Sus obras. — Su mar-
tirio 327

III. *San Juan Crisóstomo*

La obra de una madre. — De anacoreta a
Presbítero de Antioquía. — Patriarca de Cons-
tantinopla. — Eutropio. — El destierro. — Su
muerte. 336

IV. *San Jerónimo*

Literato y clasicista. — En el desierto de Cal-
cis. — Antioquía, Constantinopla, Roma. — El
insigne escriptorista. — Fundador de Cenobios. 345

V. *San Ambrosio*

De Gobernador a Obispo. — Actividades pas-
torales. — Orador y poeta. — Un gran carácter
al servicio de la Iglesia 354

VI. *San Agustín*

Por los caminos del error. — La conversión. —
Obispo de Hipona. — Sus obras 362

VII. *Prudencio*

El gran poeta cristiano. — Datos biográficos. —
Sus obras: Apotheosis, Hamartigenia, Psycho-
machia, Contra Símaco, Cathamarinon, Peris-
tephanon 372

ÉPILOGO , , 381

BIBLIOGRAFÍA 387

ÍNDICE ALFABÉTICO. 389

PARTE PRIMERA

ERA APOSTOLICA

I

EL REINO MESIANICO

Su preparación y presencia en la Historia. — La reprobación de Israel.

Leemos en el capítulo segundo de Daniel un interesante y significativo pasaje.

Se encontraba el Profeta en el cautiverio de Babilonia, cuando he aquí que Nabucodonosor, rey de la misma, tuvo por la noche un sueño que le dejó perturbado, pero que no pudo recordar cuando despertó por la mañana.

Llamó a todos los adivinos, magos, hechiceros y sabios de Babilonia para que se lo adivinaran, pero ninguno supo hacerlo. El Rey se disponía a hacerles morir a todos, cuando Daniel, incorporado con sus compañeros a la clase de los sabios y que no había asistido al requerimiento regio, pidió una corta dilación al monarca en la ejecución de su cruel decreto. Púsose en oración y Dios le reveló el secreto en una visión nocturna.

Presentóse después al monarca y le dijo:

«El arcano que el Rey desea descubrir no se lo pueden declarar los sabios, ni los magos, ni los adivinos, ni los arúspices.

Pero hay un Dios en el cielo que revela los misterios y éste te ha mostrado, oh Rey, las cosas que sucederán en los últimos tiempos. He aquí tu sueño y las visiones que has tenido en tu lecho:

Tú, oh Rey, estabas en tu cama cuando te pusiste a pensar en lo que sucedería en los tiempos venideros; y aquel que revela lo oculto te hizo ver lo que ha de venir.

A mí también se me ha revelado ese arcano, no por una sabiduría que en mí haya más que en cualquier otro hombre mortal, sino a fin de que el rey tuviese una clara interpretación y para que reconocieras los pensamientos de tu espíritu.

Tú, oh Rey, tuviste una visión y te pareció que veías como una grande estatua y esta estatua, grande y de elevada altura, estaba derecha enfrente de ti y su presencia era espantosa. La cabeza era de oro finísimo; el pecho, empero, y los brazos, de plata; el vientre y muslos de cobre, y de hierro las piernas; y una parte de los pies era de hierro y la otra, de barro.

Así la veías tú, cuando, sin que mano alguna la moviese, se desgajó del monte una piedra, la cual hirió la estatua en sus pies de hierro y de barro



Cristo Mesías en medio de los cuatro Profetas mayores y de los cuatro evangelistas

(Miniatura del siglo IX)

y los desmenuzó. Pero la piedra que había herido a la estatua se hizo una gran montaña y llenó toda la tierra.

Tal es el sueño y diremos también en tu presencia, oh Rey, su significación:

Tú eres rey de reyes, y el rey del cielo te ha dado a ti reino y fortaleza e imperio y gloria... Tú, pues, eres la cabeza de oro. Y después de ti se levantará otro reino menor que el tuyo, que será de plata y después otro tercer reino que será de cobre, el cual mandará toda la tierra. Y el cuarto reino será como el hierro. Al modo que el hierro desmenuza y doma todas las cosas así este reino destruirá y desmenuzará a todos los demás. Pero en el tiempo de aquellos reinos, el rey del cielo levantará un reino que nunca jamás será destruido y este reino no pasará a otra nación, sino que quebrantará y aniquilará todos estos reinos y él subsistirá eternamente... El gran Dios ha mostrado al rey las cosas futuras y el tal sueño es verdadero y es fiel su interpretación.»

«Entonces el Rey Nabucodonosor, prosigue el sagrado texto, postróse en tierra sobre su rostro y adoró a Daniel... y dijo: Verdaderamente que vuestro Dios es el Dios de los dioses y el Señor de los Reyes y el que revela los arcanos, pues has podido descifrar éste.»

Los pueblos se mueven, pero... Dios los agita

La interpretación tradicional, ve señalados en los cuatro reinos del sueño del Rey de Babilonia los cuatro grandes imperios que habían de sucederse en el mundo desde aquella fecha hasta la venida del reino mesiánico. El *caldeo-babilónico*, el *medo-persa*, el *macedónico* y el *romano*.

Imperio Caldeo-babilónico

Fué fundado por Nabopolasar hacia el año 600 antes de nuestra era. Este gran monarca agregó Asiria a Babilonia, creando así el mayor poder de su tiempo. Su hijo y sucesor fué el Nabucodonosor de la Biblia, que puso fin al Reino de Judá, llevándose cautivo a su pueblo y destruyendo a Jerusalén. Con Nabucodonosor llega el imperio a su mayor apogeo. En tiempo de sus indignos sucesores fué acentuándose cada vez más la decadencia, hasta que el último de ellos, Baltasar, conocido por su famoso convite, lo deshizo por completo.

El Profeta da a este imperio el nombre de oro, no precisamente por su extensión territorial sino por su magnificencia verdaderamente asiática.

Babilonia, su capital, dicese que estaba contenida dentro de un doble recinto de murallas de cien metros de altura por quince de grueso, formando un gigantesco cuadrilátero de cien kilómetros de largo por ochenta de ancho. El río Éufrates la atravesaba diametralmente y más de cien puertas, de bronce

todas, se abrían en sus murallas flanqueadas por doscientas cincuenta torres. En el centro del cuadrilátero se levantaba la ciudad regia, como vasta agrupación de fortalezas, de palacios y de templos, juntamente con los afamados pensiles o jardines colgantes atribuidos a Semíramis.

El imperio babilónico fué efímero. No duró ni siquiera un siglo. Le puso fin el rey de los persas, Ciro el Grande, que penetró de improviso en la ciudad por el cauce del Eufrates, durante la noche, mientras Baltasar celebraba el gran festín con sus concubinas y grandes del reino, y profanaba los vasos del templo de Jerusalén arrebatados por su padre y mandados traer por él para el servicio del convite.

Imperio Medo-persa

Es consignado con el nombre de plata.

No fué tan espléndido en boato como el anterior, pero más duradero y, sobre todo, inmensamente más vasto. Su fundador fué Ciro, el genio militar de su tiempo. Después de haber sometido los diversos pueblos de la Ariana y tribus del Cáucaso y Asia Menor hasta el río Alís, venció en Timbrea a Cresos, Rey de Lidia, con lo que cayeron en su poder todos los extensos territorios de esta comarca, incluso las colonias griegas. Para ser dueño de toda el Asia no le faltaba más que el dominio de Asiria y, en efecto, puso sitio a Babilonia y la conquistó también. Siguióse la posesión de Siria, de Fenicia y de Palestina.

Sus sucesores, Ciro II y Cambises, llevaron el Imperio al ápice de la gloria sometiendo a Egipto y venciendo a Darío.

Imperio Macedónico

Su fundador fué Filipo, primero gran general y después astuto y hábil político. Empezó sometiendo a Tracia e Iliria para apoderarse después de toda Grecia. En vano el orador ateniense Demóstenes se esforzó en inculcar a sus compatriotas el inminente peligro que corría la patria, pues sólo cuando era ya tarde, se decidieron los helenos a oponerle resistencia. Fueron vencidos en Queronea.

A Filipo, asesinado poco después de estos acontecimientos, le sucedió su hijo Alejandro, uno de los genios guerreros más extraordinarios de todos los tiempos. Acabó de dominar a los griegos y, reunido un ejército de 35.000 combatientes, marchó contra Persia, en donde reinaba Darío; pasado el Helesponto se encontró con un poderoso ejército persa en las orillas del

Gránico, y lo puso en fuga. Con ello cayó en su poder el Asia Menor. Darío en persona le salió al encuentro en Iso, pero fué derrotado.

El poder del afortunado monarca aumentaba por momentos: Siria, Chipre y Fenicia le quedaron sometidas, lo mismo que Tiro y Gaza. Conquistó a Pelusio, primera ciudad de Egipto, y de allí a Heliópolis, Memfis y Canopo. Fundó Alejandría y se dirigió al corazón mismo de Persia contra Darío, a quien venció en Arbelas. Se apoderó de Babilonia, Persépolis y Susa, las tres capitales del imperio persa, y llegó hasta el Hidaspis, en la India, en donde venció a Poro... Aquí se eclipsó su fortuna. Sus soldados se rebelaron y le obligaron a volverse. Regresó a Babilonia y allí murió, poco después, a los 32 años de edad.

¡Prodigioso conquistador! El oriente casi por completo quedó unido bajo su mando. Con ello había traído grandes bienes al progreso de la humanidad. Las tribus humanas separadas hasta entonces en tan varias naciones, gobiernos y costumbres, empezaron a mezclarse entre sí y a conocerse. Una lengua oficial, la griega, fué el verbo de la civilización y de la unidad de los inmensos territorios dominados.

Imperio Romano

Y llegamos a la cumbre.

Imposible seguir los pormenores de las conquistas del coloso. Bástenos saber que a la muerte de Augusto, el Imperio romano se extendía por espacio de 3.000 km., desde la Celedonia o Escocia actual, y Dacia, situada al norte del Danubio, entre el Teis y el Dniéster hasta el Atlas y el trópico de Cáncer. Por el oriente era aún mayor su extensión: desde el Atlántico hasta el Eufrates, 3.500 km., ocupando una mayor superficie que la de toda Europa. Los límites eran, por tanto: Al norte, el Ponto Euxino, el Danubio y el Rin; al oeste, el Atlántico; al este, el Asia Menor, la Cólpidia y Armenia, Siria, el Eufrates y la Arabia; y en África, el Atlas, el desierto de Libia y los que separan a Egipto de Etiopía.

El reino mesiánico

Aunque silenciado en la Historia profana, el reino mesiánico, quinto en la visión de Daniel, es el más importante de todos y algo vital y céntrico en el mundo.

Por su excepcional transcendencia fué objeto de los más

augustos vaticinios y toda la Historia humana ha venido moviéndose en los tiempos antiguos en torno suyo, preparando, por especiales designios sapientísimos de Dios, su venida.

Ya indica suficientemente el nombre lo que se entiende por él. Es el reino que debía instituir el Mesías prometido y más concretamente, el reino fundado por la persona de Jesucristo, Mesías e Hijo de Dios: el Cristianismo, la Iglesia.

Nada más preparado y previsto que él. Necesitábase ante todo para su rápida y universal difusión por el mundo, cierta unidad humana llevada a cabo por la compenetración entre sí de los distintos pueblos y civilizaciones y a ello tendió y lo obtuvo plenamente la sucesión descrita de los imperios por el Profeta. Nótese el hecho providencial.

En los primeros períodos históricos no aparecen en las diversas regiones más que ciudades independientes, en forma de pequeños Estados, sin conexión mutua ninguna y más bien hostiles unos de otros, con sus propios dioses, leyes y lenguas.

¡Qué difícil hubiera sido en esas condiciones la predicación del Evangelio!

Se imponía la obra de unión y de enlace de unos pueblos con otros para que tan múltiples fronteras y discrepancias no fueran fosos infranqueables. Dios supo hacerlo diestramente como suele.

Empezó por la región mesopotámica, país originario y cuna de nuestra especie o, por lo menos, uno de los territorios que antes llegaron a la civilización. Hacia el año 2200 antes de Cristo se impone allí la prepotencia de Babilonia. Todas las ciudades quedan sujetas a su yugo y surge el primer imperio. Los dioses de la capital obtienen la primacía en el nuevo orden de cosas, mientras los de las otras, o entran en el culto nacional, o se eclipsan.

Era el primer paso hacia la unión humana, decisivo y de gigante. Algún tiempo después no existía ya en toda Mesopotamia y Asiria más que un pueblo unido con vínculos morales, civiles y religiosos y regido por leyes tan sabias como las del admirable Código de Hamurabi.

Sigue el *imperio Medo-Persa* que ensancha considerablemente la unidad: Ya no es sólo Mesopotamia; es casi toda el Asia con Fenicia y Palestina la que entra en el enlace.

Sucede el *Macedónico* que estrecha casi todo el oriente y establece como lengua universal el griego; por fin termina la gran obra el *Imperio romano* uniendo bajo su cetro casi toda la tierra conocida.

El hecho patente en sí está lleno de hondos significados para la Filosofía de la Historia. Durante milenios había venido mo-

viéndose la humanidad de una manera natural y aun, diríase, fortuita, pero, en realidad, empujada y dirigida por una mano y mente invisible, la mano y sabiduría de Dios.

Ni siquiera pudo ocultarse el hecho a la perspicacia de las inteligencias paganas.

Tito Livio dice al comienzo de su Historia:

«La fundación del más grande Imperio que ha existido sobre la tierra no puede ser sino obra del destino y particular voluntad de los dioses» (Libr. I, n. 33).

Plutarco añade: «El curso feliz de los negocios y la elevación de Roma a tan alto grado de poder y acrecentamiento muestran muy claramente a los que saben ver las cosas, que todo ello no ha sido conducido por manos, consejos y deseos de hombres sino por designio divino» (De Fort. Rom., n. 33).

Polibio, finalmente, el más antiguo de los historiadores romanos: «Los acontecimientos llevan al mundo a una cierta unidad.»

Ya lo ve el lector.

Era la unidad pretendida y, por fin alcanzada por Dios, con toda la serie ininterrumpida de sus arcanas providencias.

Tres cosas, diremos resumiendo, dividían a los pueblos de la antigüedad y se oponían, por consiguiente, a la propagación universal del Evangelio: la multiplicidad de naciones que se trataban hostilmente entre sí; la diversidad de lenguas que les impedía entenderse y las fronteras de unos y otros Estados que dificultaban las comunicaciones.

Y ¡cosa singular!

La triple barrera acababa de caer precisamente cuando apareció Jesucristo. La primera la derriba *Ciro* reuniendo bajo su cetro los pueblos del Oriente, y *Alejandro* con el establecimiento de la monarquía universal. La segunda desaparece cuando Roma impone su idioma al Occidente: La tercera cae también cuando los ejércitos del gran imperio construyen las grandes vías de comunicación que, partiendo de Roma, su centro, llegan a todos los ámbitos del Imperio. Se ha dicho, y no sin razón, que las legiones romanas fueron los *zapadores* del Evangelio y que la palabra de la paz siguió los caminos trazados por la guerra. Es la ley providencialista de la Historia: Los pueblos se mueven, pero Dios los agita. Roma, y lo mismo podemos decir proporcionalmente de los otros imperios, preparó el reino de Jesucristo en el tiempo de una manera material y mediata como el Bautista lo hiciera inmediata y espiritualmente.

La reprobación de Israel

¿Qué se hizo del pueblo judío, el pueblo de Dios y de las promesas y cuál fué su relación con el reino mesiánico?

He aquí la pregunta obvia que se habrá hecho el lector. La respuesta es triste, pero cierta también y anunciada paladinamente por Cristo varias veces en el evangelio. Aunque parezca extraño hay que decir que fué rechazado por Dios y de puesto, a causa de su incredulidad y malas obras.

Dice el evangelio de San Mateo en el capítulo VIII:

«Entrando un día en Cafarnaum se le acercó un Centurión y le dijo en son de súplica: Señor, mi siervo yace en casa paralítico y gravemente atormentado. Respondió Jesús: Yo iré y le curaré. A lo que respondió el Centurión "lleno de fe y de humildad encantadora": Señor; yo no soy digno de que entres en mi morada: dí tan sólo una palabra y mi siervo sanará; porque yo soy un hombre subordinado, pero bajo mí tengo soldados y digo a éste ve y va y al otro ven y viene y a mi esclavo: haz esto y lo hace. Oyendo esto Jesús se maravilló y dijo a los que le seguían: En verdad en verdad os digo que ni en Israel he hallado tanta fe. Por eso os digo que del oriente y del occidente vendrán y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos mientras que los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores donde será el llanto y crujir de dientes.»

Más trágicamente aún lo señala y anuncia el mismo Salvador en la parábola de los viñadores:

«Había un padre de familia que plantó una viña, la rodeó de una cerca, cavó en ella un lagar, edificó una torre y la arrendó a unos viñadores, partiéndose luego a tierras extrañas. Cuando se acercaba el tiempo de los frutos, envió a sus criados a los viñadores para percibir su parte, pero éstos cogieron a los siervos y a uno le atormentaron, a otro le mataron, a otro le apedrearon. De nuevo les envió otros siervos en mayor número que los primeros e hicieron con ellos lo mismo. Finalmente les envió a su hijo diciendo: siquiera respetarán que es mi hijo; pero los viñadores cuando vieron al hijo se dijeron: Es el heredero; ¡ea!, matémosle y tendremos su herencia, y cogiéndole le sacaron fuera de la viña y le mataron. Cuando venga, pues, el dueño de la viña ¿qué hará con esos viñadores? Le respondieron: hará perecer de mala suerte a los malvados y arrendará su viña a otros que le entreguen los frutos a su tiempo. Jesús les respondió: ¿no habéis leído alguna vez en las Escrituras: la piedra que los edificadores habían rechazado fué hecha cabeza de ángulo? El Señor hizo esto y es admirable a nuestros ojos. Por eso os digo que os será quitado a vosotros el reino de Dios y entregado a un pueblo que rinda sus frutos. Y el que cayer sobre esta piedra se quebrantará y aquel sobre quien ella cayere será pulverizado.»

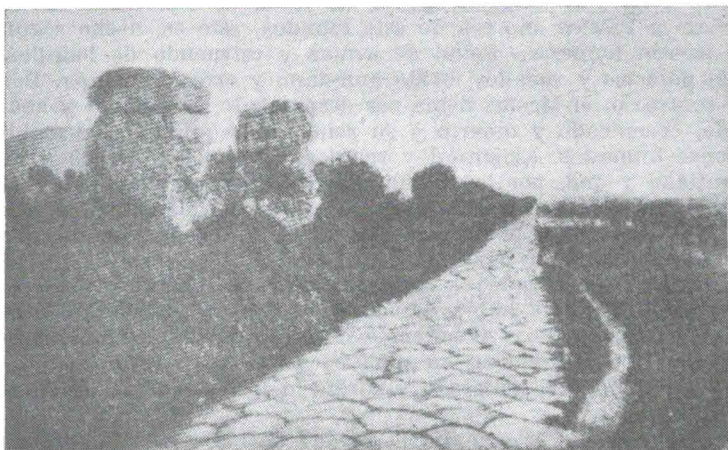
Oyendo los príncipes de los sacerdotes y los fariseos estas palabras entendieron que de ellos hablaba y quisieron apoderarse de él para apedrearlo, pero temieron al pueblo porque le tenía por un Profeta» (Mt. XXI, 33).

Manifiesta solución del enigma.

El pueblo judío debía de ser, por derecho propio, el usufructuario nato del reino mesiánico. Era el pueblo a quien se hi-

cieran las Promesas, y los Profetas hablaron para él principalmente. Pero hízose indigno de tan excelsas prerrogativas por su soberbia y mala vida, hasta el punto de rechazar abierta y obstinadamente al Mesías ya enviado y aun darle muerte en un patíbulo.

Ciertamente que fué una obcecación, una aberración funesta, pero fué también, a todas luces, culpable. «Si yo no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado, pero ahora no tienen ninguna excusa.» Dijo el mismo Señor. (In. 15.22.)



La Vía Appia en Terracina. Véase la pavimentación de las mismas

El mero hecho de permanecer insensibles, llenos de escepticismo y aun de odio, respecto de la gran figura de Cristo, el excelso Profeta que habló como nadie había hablado en el mundo y obró los prodigios que nadie jamás obrara, es ya un pecado inexcusable.

Su soberbia y egoísmo les había impedido del mismo modo comprender, en su sentido recto, los vaticinios mesiánicos. Atento sólo a sus propias ventajas materiales y patrióticas había desfigurado la verdadera imagen del Mesías y de su reino dibujada tan claramente por los Profetas. Echando por la borda todo lo humillante, de dolor y de fracaso que aquellos señalaran, se habían acogido exclusivamente a los rasgos gloriosos y magníficos, creando así, en su delirio, un reino mate-

rial, espléndido y de fantasía, más brillante y poderoso que el de David y Salomón y cualquier otro de la Historia. Su ansiada aparición daría pábulo a todas sus ambiciones terrenales, al mismo tiempo que satisfaría sus prolongados deseos de venganza y de desquite por las vejaciones e injusticias milenarias de las gentes.

Dios pondría a las odiadas naciones gentílicas como escabel de las plantas de su Mesías y él, el pueblo de Israel, sería el árbitro del mundo.

Se equivocaban, sin embargo.

El reino mesiánico no podía ser nada de eso. Como Cristo señaló a Pilatos «no era de este mundo», esto es, hecho según el patrón humano: Reino de armas y estruendo de batallas, con palacios y vasallos, brillo mundano y exterior pompa. Por el contrario, el Mesías debía ser despreciado, humillado y abatido, crucificado y muerto y su reino, inasequible a las ambiciones humanas, espiritual y religioso; reino de justicia y de santidad y que, por lo mismo, no podía ser en modo alguno, patrimonio exclusivo del judaísmo sino extenderse al mundo entero, a todos los hombres de buena voluntad, pues todos eran igualmente hijos de Dios.

Se había realizado el traspaso doloroso y terrible para el pueblo judío. Este había dejado de ser ya el pueblo de Dios y de las promesas y su herencia inapreciable la recibía el cristianismo constituido en su máxima parte por gentiles.

La Sinagoga se eclipsaba y surgía la Iglesia en los designios del Altísimo.

Una vez más se cumplía la verdad de los versos inmortales del poeta :

*«Para verdades el tiempo
y para justicias, Dios» (Zorrilla).*

NACIMIENTO SOBRENATURAL DE LA IGLESIA

El primer Pentecostés cristiano. — Transformación de los Apóstoles. — Discurso de Pedro y conversiones en masa. — El don de lenguas. — El tullido del templo. — Testigos de la resurrección.

El gran libro de los orígenes cristianos es el de *Los Hechos de los Apóstoles*, escrito por el evangelista San Lucas, testigo fiel y ocular de casi todo cuanto afirma.

El será nuestro guía en el emocionante recorrido de los acontecimientos.

El primer Pentecostés cristiano

Leemos en el primer capítulo de *Los Hechos* (I, 4) que antes de su ascensión a los cielos había mandado el Salvador a los discípulos que no marcharan de Jerusalén, sino que esperaran en ella la *Promesa del Padre*, o, como dice el tercer evangelio, «hasta que fueran revestidos de la virtud de lo alto» (XXIV, 78).

Así lo habían cumplido ellos puntualmente. Retirados a la soledad del Cenáculo permanecían reunidos en oración con María, Madre de Jesús, en espera de lo anunciado por el Maestro.

No fué larga la demora.

Un día, el décimo después de la partida, estaban todos orando cuando se percibió súbitamente un grande y singular estruendo que puso en conmoción toda la casa como si un viento impetuoso se precipitara sobre ella y la llenara; al mismo tiempo aparecieron unas como lenguas de fuego, separadas, que vinieron a posarse sobre cada uno de los presentes.

Era «la virtud de lo alto» de que les hablara Jesús y que de una manera tan ostensible comenzaba la gran obra y abría la nueva era del mundo... Los congregados eran unos ciento veinte y «todos fueron llenos del Espíritu Santo», como constata el sagrado texto.



La venida del Espíritu Santo

Acababa de nacer la Iglesia.

Pentecostés era su anuncio dinámico y exultante. Recordemos con veneración que unos treinta y tres años antes había descendido el mismo Espíritu sobre María y que por obra suya había ella concebido al Hijo de Dios en sus entrañas. Hoy desciende de nuevo más ampliamente sobre la Virgen y sobre los Apóstoles y discípulos, primicias de la Iglesia, cuerpo místico de aquél... En adelante ya no apartará de ella su tutela y acción vivificante. El que es fortaleza y luz inextinguible, la inspira, la defiende. Su efusión sobre el Centurión Cornelio y otros gentiles es señal inequívoca para Pedro de su llamamiento a la fe (Act. X, 47) y a los recién convertidos samaritanos impone el mismo Apóstol y San Juan las manos para que también lo reciban (Act. VIII, 17).

La transformación de los Apóstoles

Es el primer efecto visible del sobrenatural acontecimiento.

Los discípulos encerrados en el Cenáculo se lanzaron todos a la calle impulsados por la fuerza incoercible del Espíritu que les avasallaba y publicaban a grandes voces y con la mayor convicción y valentía las grandezas de Dios y de Cristo, su Mesías, enviado al mundo para salvarlo, muerto por los Príncipes de Israel, pero resucitado realmente, según lo anunciaron los Profetas, y ascendido triunfalmente a los cielos.

El cambio no podía ser más radical y grandioso.

Hasta aquel preciso momento todos se habían mostrado inactivos y cobardes. Durante la pasión especialmente, habían dado mezquina cuenta de sí. Uno de ellos, el más decidido, Pedro, negó tres veces al Maestro; los otros anduvieron huidizos y aterrados. En el Calvario y junto a la Cruz no se encontró en la hora suprema más que uno, Juan, acompañando a su Madre y a las piadosas mujeres. Es verdad que la resurrección de Cristo y las repetidas apariciones habían conseguido levantar los ánimos y hecho reverdecer las marchitas ilusiones; pero su optimismo no se mostraba aún activo y emprendedor. Se contentaban con el gozo del espíritu. Las reuniones íntimas, la oración y la fracción del pan llenaban sus días. Nada de obra de apostolado, del proselitismo incansable que desplegaron después y que es tan propio de las grandes ideas y convicciones...

Pero llegó Pentecostés y con él la más completa y repentina metamorfosis.

Todos quedaron transformados en otros. Ya eran valientes e intrépidos y ni los peligros ni la muerte misma les arredraba.

El discurso de Pedro

El primero de los Apóstoles fué también el más decidido...

Nadie hubiera podido reconocer en él al que negara a Cristo en el atrio del Pontífice. Lleno de decisión e impetuoso, lánzase a la calle a arengar a la muchedumbre congregada ante el Cenáculo por la novedad de los sucesos. Hasta parece temerario al recriminarla, lo mismo que a sus jefes, las autoridades de Israel, de la muerte del gran Profeta, enviado de Dios y Mesías...

«Varones israelitas..., vosotros mismos disteis muerte por manos de los infieles, alzándolo en la cruz, a Jesús de Nazaret, hombre acreditado por Dios en obras poderosas, milagros y señales que hizo por su medio. Pero él le resucitó anulando los dolores de la muerte puesto que era imposible que fuera por ella dominado... El patriarca David, cuyo sepulcro se conserva hasta el día de hoy entre vosotros, siendo Profeta y sabiendo que le había Dios jurado solemnemente que un fruto de sus entrañas se sentaría sobre su trono, le vió de antemano y habló de su resurrección...

A este Jesús le resucitó Dios de lo cual todos nosotros somos testigos... Sepa, pues, toda la casa de Israel, que Dios ha hecho Señor y Mesías a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado» (Act. II, 22 s.).

Mientras el Apóstol peroraba, movía el Espíritu Santo los corazones de los oyentes:

«En oyéndole, se sintieron compungidos de corazón y dijeron a Pedro y a los demás Apóstoles: ¿Qué hemos de hacer, hermanos? Pedro les contestó: Arrepentíos y bautizaos en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo, porque para vosotros es esta promesa y para vuestros hijos, y para todos los de lejos, cuantos llamare a sí el Señor Dios nuestro. Y con otras muchas palabras atestiguaba y los exhortaba diciendo: Salvaos de esta generación perversa. Ellos, pues, recibieron su palabra y se bautizaron, y se convirtieron aquel día unas tres mil almas. Y perseveraban en oír la enseñanza de los Apóstoles, y en la unión en la fracción del pan y en la oración» (Act. Ib. 37-42).

El don de lenguas

Nuevo singular prodigio.

Los improvisados predicadores hablaban todos la lengua vulgar nativa del país, el arameo, pero ¡cosa extraña!: los forasteros les comprendían perfectamente y aun les oían cada uno en su propio idioma. De nuevo el relato de los Hechos.

«Y había en Jerusalén, judíos, varones piadosos, de cuantas naciones hay debajo del cielo y habiéndose corrido la voz, se juntó una muchedumbre que se quedó confusa al oírles hablar cada uno en su propia lengua. Y estupefactos de admiración decían: todos estos que hablan ¿no son galileos? pues

¿cómo nosotros los oímos cada uno en su propia lengua en la que hemos nacido? ¿Cómo partos, medos, elamitas, los que habitan la Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y el Asia, Frigia y la Libia, de enfrente de Cirene y los forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes los oímos hablar en nuestras propias lenguas las grandezas de Dios?» (Act. II, 1-13).

No es extraño que se enumeren aquí tantos extranjeros. Eran los judíos de la llamada diáspora o dispersión venidos con ocasión de la Pascua.

Afirma Flavio Josefo que no había región conocida de la tierra donde no hubieran fijado su asiento los judíos; Filón añade más particularmente que se hallaban en todas las ciudades del imperio, lo mismo en los continentes que en las Islas: en Europa, en África y en Asia, dondequiera que florecía el comercio.

Su número sobrepujaba en mucho incluso a los de Palestina, pues frisaba en los cuatro millones, cuando en ésta llegaba apenas a uno.

Aunque diseminados por el mundo, gustaban los judíos de la dispersión, visitar, cuantas veces podían, la madre patria en las grandes solemnidades nacionales, para estar más en contacto con ella y vigorizar su espíritu religioso en la ciudad santa, en presencia del gran templo, de los sacrificios y funciones litúrgicas, al par que oyendo las sabias explicaciones de los grandes Doctores de Israel.

Esta había sido la causa humana de tanta afluencia de gentes aquellos días. En los planes de la Providencia había entrado también, sin duda, otra: la diseminación pronta del Evangelio por los diversos países de donde procedían los peregrinos. Muchos de ellos, en efecto, vueltos a sus patrias respectivas, llevaron consigo la gran nueva juntamente con los prodigios presenciados, siendo así los primeros predicadores y heraldos de la nueva religión en la gentilidad.

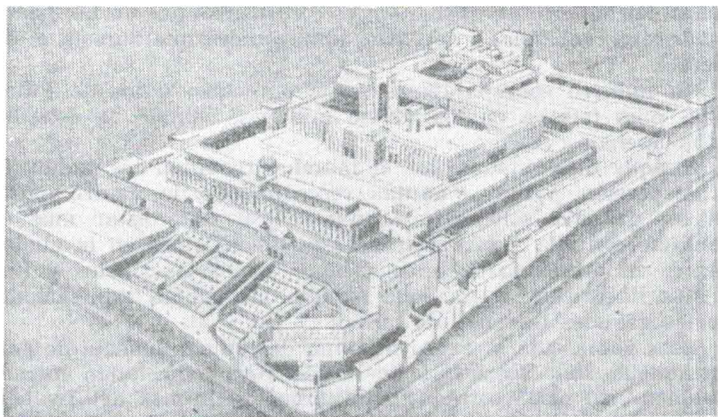
El tullido del templo

Los recién convertidos a la fe cristiana, lo mismo que los Apóstoles y antiguos discípulos de Jesús, seguían frecuentando el templo y participando, como buenos israelitas, del culto judío en el gran Santuario nacional.

Un día, poco después de los sucesos referidos y a eso de las tres de la tarde, subían Pedro y Juan juntos para orar en el templo, cuando, a la entrada en el mismo y en la puerta llamada «especiosa» se ofreció a sus ojos un espectáculo ordinario entonces y en todos los tiempos. Era un tullido o baldado de

nacimiento, al que traían todos los días allí para que pidiese limosna. El desgraciado dirigió hacia los Apóstoles sus ojos suplicantes, al mismo tiempo que extendía la mano pidiéndoles una limosna.

Algo extraordinario debió experimentar Pedro en su interior. Obedeciendo a un impulso súbito, incoercible, se acercó al enfermo y le dijo con decisión: «Míranos a nosotros»; el cojo clavó su mirada en ellos creyendo que iba a recibir una limosna. *"No tengo oro ni plata"*, le dijo con frase inspirada el apóstol.



Vista panorámica del templo de Jerusalén en el tiempo de Jesucristo
La parte señalada con dos cruces es el pórtico de Salomón, lugar del discurso
de San Pedro

tol, *"pero te doy lo que tengo: en el nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda."*

El milagro se había realizado. El tullido sintió correr por su cuerpo algo así como una corriente eléctrica que lo vigorizaba y lo ponía en tensión: sus piernas y sus pies tomaron consistencia; dió un salto y se puso en pie y empezó a andar perfectamente y exteriorizando los mayores transportes de júbilo entró con sus bienhechores en el templo, alabando y bendiciendo a Dios.

Era natural que la noticia de lo sucedido se extendiera como una exhalación por la ciudad. Poco después ya se reunía una gran muchedumbre ante el pórtico de Salomón, esperando la

salida del agraciado y de los taumaturgos. Al enfrentarse Pedro con ella creyó oportuno hacer otra vez uso de la palabra, y le dirigió un discurso en el mismo tono y convicción sincera e idéntica valentía que en la jornada de Pentecostés:

«Varones israelitas: ¿Por qué os maravilláis de esto y ponéis los ojos en nosotros como si con nuestro poder hubiéramos hecho andar a éste? El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres ha glorificado a Jesús a quien vosotros entregasteis y negasteis ante Poncio Pilato, cuando él juzgaba que debía quedar libre. Vosotros negasteis al Santo y al justo mientras reclamasteis gracia para un homicida. Matasteis al autor de la vida. Pero sépalo todo el pueblo de Israel: Dios le ha resucitado de entre los muertos, de lo cual somos testigos nosotros. Por la fe en él, se ha dado a éste, completa salud en presencia de todos. Yo sé que obrasteis por ignorancia al igual que vuestros Príncipes, pero Dios se valió de eso para que se cumpliera lo que antes había anunciado por boca de todos los Profetas, que su Cristo o Mesías había de padecer... Así que arrepentíos y convertíos para que se borren vuestros pecados» (Act. III, 12-19).

Dos mil nuevas conversiones vinieron a engrosar las filas del cristianismo. Ya eran *cinco mil* los adeptos, número que había de ir ascendiendo sin cesar.

Testigos de la resurrección

Habrá notado el lector la seguridad de la palabra de Pedro y la insistencia y firmeza con que apela a la resurrección de Jesucristo.

Es el gran hecho fundamental del cristianismo.

Sin la fe en la resurrección, dice el mismo racionalista Harnack, no hubiera sido posible la fundación de la Iglesia. El gran prodigio se imponía con fuerza avasalladora a los Apóstoles: Ellos habían visto a Cristo muerto, crucificado, enterrado en el sepulcro y tres días después, resucitado y glorioso. No podían dudar.

Era un hecho pleno y de certeza inapelable. No tenían fe de él, sino evidencia. Eran *testes resurrectionis*, testigos oculares de la resurrección, del acontecimiento más portentoso de la historia...

Una advertencia para terminar el capítulo.

Quizás haya podido parecer a alguno excesiva tanta copia de milagros como hemos observado en las aducidas relaciones. De hecho no han faltado quienes, dejándose llevar del escepticismo ante ella, lo han echado todo por la borda, considerándolos como fantasías y nimias credulidades de los cristianos primitivos.

Ni que decir tiene que nosotros no opinamos así.

A nosotros no nos asusta la manifestación de lo sobrenatural en la historia y a más de ello nos tranquiliza el pensamiento de que los prodigios relatados son auténticos y seguros con la máxima autenticidad y certeza que nos ofrece el libro de los *Hechos*, uno de los más auténticos libros de la Historia.

Por lo demás, había motivo suficiente para la profusión de lo sobrenatural observada. No olvidemos la circunstancia imprescindible. Nos encontramos en los comienzos de la Iglesia: se inicia la nueva era del mundo, la aparición del reino mesiánico tan anunciado por los vaticinios proféticos y objeto de las esperanzas humanas durante milenios en el pasado.

Era, pues, necesario darlo a conocer, llamar poderosamente la atención sobre él a los hombres con el único argumento que entiende y convence al pueblo, especialmente al de la época y al israelita: esto es, la manifestación de lo sobrenatural y divino, el milagro.

III

EN PRESENCIA DEL CONCILIO

«Hay que obedecer antes a Dios que a los hombres». — «No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído». — Un prudente consejo.

El fundador del Cristianismo había profetizado y puesto como señal indefectible y nota característica de su religión, la de que sería perseguida y maltratada del mundo.

«Si el mundo os aborrece, dijo a sus discípulos, sabed que me aborreció a mí primero que a vosotros... Acordaos de la palabra que yo os dije: no es el siervo mayor que su Señor; si me persiguieron a mí también a vosotros, os perseguirán» (Jn. XV, 18, s.). — «Esto os lo he dicho para que no os escandalicéis: os echarán de la sinagoga, pues ha llegado el momento en que todo el que os quite la vida pensará prestar un servicio a Dios» (Jn. XVI, 1, s.). — «Pondrán en vosotros las manos y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y metiándoos en prisiones, conduciándoos ante los reyes y gobernadores, por causa de mi nombre... Seréis entregados aun por los padres y por los hermanos, por los parientes y por los amigos y harán morir a muchos de vosotros y seréis aborrecidos de todos por mi causa» (Lc. XXI, 12, s.).

No había terminado aún Pedro su discurso en el templo, con ocasión del milagro del tullido, cuando se presentaron los sacerdotes que en aquella hora se encontraban de ministerio en él, acompañados de un grupo de saduceos y, pretextando que era una temeridad culpable hablar al pueblo en el atrio de la Casa de Dios sin tener misión para ello de la autoridad jerárquica, tomaron presos a los indefensos y benéficos predicadores y los llevaron a la cárcel para presentarlos al otro día, pues era ya tarde entonces, ante el tribunal de juicio.

La escena que se sucedió en la siguiente jornada fué de una grandeza moral emocionante.

El mismo tribunal que poco antes había condenado a muerte al Salvador se reunía ahora nuevamente para juzgar a los discípulos...

Pedro y Juan comparecen ante el Sanedrín en pleno y éste les pregunta: «¿Con qué potestad y en nombre de quién habéis hecho esto?» Es la vez primera que los Apóstoles, hombres sin ilustración e iliteratos, se encontraban ante la magna asamblea a lo más granado de Israel. Sin embargo, no se advirtie-

ron en ellos titubeos ni encogimiento. Pedro, más decidido que nunca, levantó la cabeza y dirigiendo una mirada humilde, pero entera y firme a los jueces, les dijo estas palabras dignas del orador más elocuente y consumado:

«Príncipes del pueblo y ancianos de Israel. Nos interrogáis acerca del beneficio que hemos hecho a un pobre enfermo. Queréis saber en nombre de quién le hemos sanado. Pues bien: sabedlo vosotros y que ello sea patente a todo el pueblo, que ha sido en nombre de Jesucristo Nazareno, al que vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos. Esta es la piedra por vosotros rechazada, pero que ha sido escogida por Dios para cabeza del ángulo, porque no hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos.»

Desconcertados y llenos de asombro debieron quedar los miembros del Consejo de lo que veían con sus propios ojos. Nunca habían presenciado tanta entereza, al par que tanta sabiduría y elocuencia en hombres sin letras y del vulgo.

Los *Hechos* nos siguen relatando que, sobrecogidos los sanedritas de la actitud de los apóstoles y viendo al tullido sano junto a ellos, no sabían qué replicar. Mandáronles salir fuera del Consejo y confirieron entre sí sobre el caso. Al fin optaron por soltarlos, mandándoles no hablar más en adelante de Jesús.

¡No hablar más de Jesús!

¡Vano intento! Era previsible la reacción de Pedro. Quien había mostrado valor y serenidad para echar en cara al Sanedrín la muerte del gran Profeta crucificado por ellos, pero resucitado por Dios y constituido por el mismo cabeza de un mundo nuevo y única salvación de la humanidad, lo tendría también para protestar y oponerse abiertamente a una decisión tan injusta como arbitraria. De nuevo levantó sus ojos y clavándolos, no sin indignación, en los circunstantes, exclamó con firmeza:

«Vosotros mismos podréis juzgar si es justo que os obedezcamos a vosotros antes que a Dios.»

Y a continuación el sublime "*non possumus*" que ha atravesado las edades pronunciado con entusiasmo por millones de voces en parecidas circunstancias: «Nosotros "*no podemos*" menos de hablar de lo que hemos visto y oído» (Act. IV, 19, s.).

La reacción de la Iglesia

Continúan los *Hechos* la narración del gran encuentro con estas palabras: Despedidos de ellos los Apóstoles, se fueron a los suyos y les comunicaron cuanto les habían dicho los Pontífices y los ancianos...

Siguióse, como no podía ser menos, un momento de vivo pesar e indignación en los discípulos por las trabas que tan injustamente se ponían al evangelio. Pero fué una reacción a lo divino: nada de violencias, de imprecaciones y amenazas. Arriba estaba el que podía remediarlo y los corazones de todos se volvieron hacia él. Hasta las palabras de su férvida oración se nos han conservado:

«Ellos, en oyéndoles, levantaron a una la voz y dijeron: Señor; tú que hiciste el cielo, el mar y cuanto en ellos hay, que por boca de tu siervo David dijiste: ¿Por qué braman las gentes y los pueblos meditan cosas vanas? Los Reyes de la tierra han conspirado y los Príncipes se han federado contra el Señor y contra su Cristo...

Se han juntado en esta ciudad contra tu Santo siervo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato con los gentiles y el pueblo de Israel, para ejecutar cuanto tu mano y tu consejo habían decretado de antemano que sucediese.

Y ahora, Señor, mira sus amenazas y concede a tus siervos poder hablar con toda libertad tu palabra extendiendo tu mano para realizar curaciones, señales y prodigios por el nombre de tu santo siervo Jesús. Después de la oración tembló el lugar en que estaban reunidos y todos fueron llenos del Espíritu Santo y hablaban la palabra de Dios con alborozo» (Act. IV, 23 s.).

Fué, como se ve, un segundo Pentecostés, la solemne confirmación en el día de la prueba. La conducta de Pedro y de los Apóstoles al no sujetarse a la prohibición del Sanedrín quedaba aprobada plenamente por el cielo. No se podía sujetar la voluntad y providencia de Dios al capricho de los hombres.

Un prudente consejo

Los Apóstoles y discípulos siguieron predicando como antes el evangelio. Dios acompañaba sus esfuerzos con grandes manifestaciones sobrenaturales. Dicen los Actos:

«Eran muchos los milagros y prodigios que se realizaban en el pueblo por manos de los Apóstoles... Y crecían más y más los creyentes en gran muchedumbre de hombres y de mujeres, hasta el punto de sacar a las calles los enfermos y ponerlos en los lechos y camillas para que llegando Pedro, siquiera su sombra los cubriese. Y concurrían de las ciudades vecinas a Jerusalén trayendo enfermos y atormentados por los espíritus impuros y todos eran curados.»

Se presagiaba de nuevo la tormenta y vino, en efecto, sin tardanza.

El Sumo Pontificado lo ocupaba aún, o mejor lo detentaba, el que había condenado a Cristo, Caifás, pero había resignado su ejercicio en su suegro Anás, el viejo ladino que también intervino en la pasión. Unidos a los dos estrechamente habían

sobrevenido sus dos parientes Alejandro y Juan. Eran todos intrigantes ambiciosos y hombres sin entrañas y contemplaban con desazón el crecimiento constante de la comunidad cristiana. Sobre todo, se sentían poseídos de terror ante los numerosos milagros que por medio de aquellos hombres se obraban (Act. II, 43).

Lo mismo acontecía a no pocos herodianos y fariseos. Se formó, pues, una sorda coalición que terminó por apoderarse de ellos y encarcelarlos...

Pero ¡qué inútiles son las intrigas de los hombres cuando está de por medio Dios! «El Ángel del Señor, atestiguan los *Hechos*, abriendo las puertas de la cárcel y sacándolos de ella, les dijo: Id y hablad en el templo todas las palabras de vida.»

Nuevo pánico y nerviosismo en el Sanedrín y nueva detención de los Apóstoles. Son llevados atropelladamente al Consejo y el Príncipe de los sacerdotes les interroga airado: «¿No os prohibimos rigurosamente que enseñarais en este nombre? Sin embargo habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina y queréis echar sobre nosotros la sangre de ese hombre.»

Nada consiguieron tampoco. Pedro y los Apóstoles permanecieron inmovibles y les respondieron con la misma serenidad y energía: *"Es menester obedecer a Dios antes que a los hombres."*

Se había terminado ya todo posible aguante.

Llenos de rabia y fuera de sí por estas palabras trataban de matarlos, pero entonces providencialmente se puso de por medio un fariseo, de grande prestigio ante ellos, Doctor de la Ley y venerable a todo el pueblo, Gamaliel. Este hombre de grato recuerdo en los anales cristianos, mandó que sacaran afuera a los Apóstoles, y les dió el siguiente consejo:

«Vosotros israelitas; mirad lo que vais a hacer con estos hombres. Yo os aconsejo que desistáis. Si esta obra es de los hombres, ella se destruirá por sí misma, pero si es de Dios no la podréis deshacer. No queráis correr la suerte de haber combatido contra Dios.»

Les pareció bien el consejo y se aquietaron. Mandaron, pues, azotar a los incorregibles propagandistas y los dejaron libres con nuevas y terminantes prohibiciones.

Así terminó por entonces el asunto.

Los Apóstoles por su parte, nos refieren los Actos, *"partieron gozosos de aquel juicio porque habían sido dignos de padecer afrentas por el nombre de Jesús y todos los días en el templo y por las casas no cesaban de enseñar a predicar a Jesucristo"* (Act. V, 17-42).